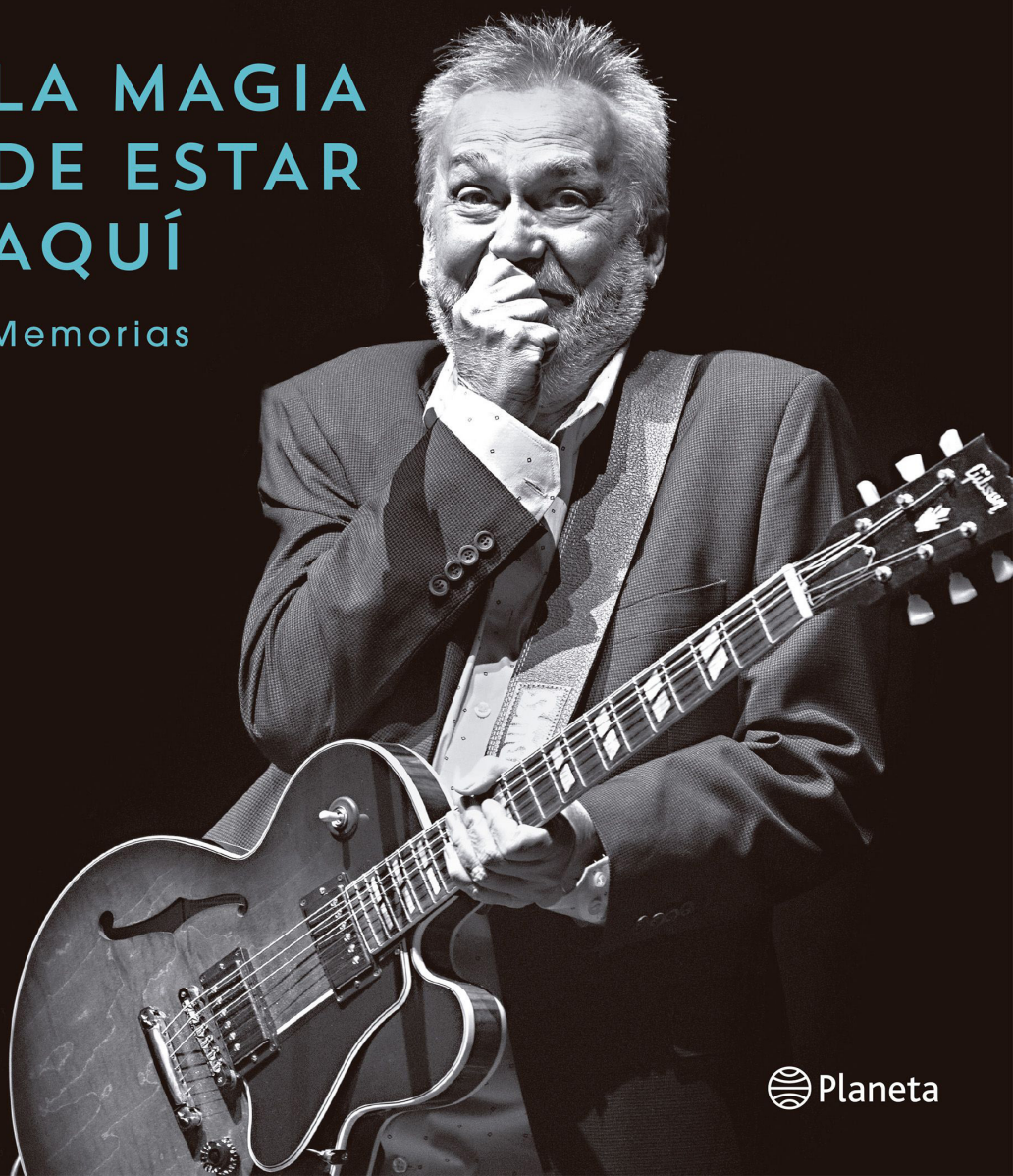


DAVID LEBÓN

LA MAGIA
DE ESTAR
AQUÍ

Memorias



DAVID LEBÓN

con Marcelo Fernández Bitar

LA MAGIA DE ESTAR AQUÍ

Índice

Prólogo , por <i>Pedro Aznar</i>	11
Introducción	15
Capítulo 1	17
Una aventura en España	17
Estados Unidos	24
Primer grupo	29
Capítulo 2	35
Tocar con los más grandes	35
Pappo	37
La Pesada y Color Humano	38
Pescado Rabioso	41
Capítulo 3	45
Mi madre	45
Mi familia	52
Capítulo 4	55
Primer disco solista	55
Polifemo	59
Seleste	61
Capítulo 5	63
Prem Rawat	63

Capítulo 6	73
Serú Girán	73
Festival de la Solidaridad	83
Solista en los años ochenta	84
Vuelta a Miami	90
Serú 92	93
Mendoza	98
Capítulo 7	101
Rumbo al Gardel de Oro	101
<i>Lebón & Co., Vol. 2</i>	104
70 años	106
Capítulo 8	111
Mis hijos	111
Discografía	117
Línea de tiempo	131
Agradecimientos	141

Capítulo I

Una aventura en España

Un día me llamó Pappo y me dijo que me fuera a España, donde él estaba con Ciro Fogliatta y su cuñado, Corre (Roberto López). Era 1971. Vendí todo lo que tenía y me fui. Viajé desde Ezeiza, y cuando el avión hizo escala en el aeropuerto de Brasil fui al baño, me fumé un porro y me perdí el vuelo. Pensé que el próximo saldría en media hora, pero me dijeron que recién habría otro a la semana siguiente. ¡Y solo tenía cinco dólares y una pastafrola que había hecho la hermana de Ciro para llevarle de regalo!

Me fui del aeropuerto con la pastafrola, la valija y el bajo Hanson de ocho cuerdas que me prestó la esposa de Alberto Lara, de Los Abuelos de la Nada. Me acordé de la palabra “aventura”, que siempre usaba Pappo, y pensé: “Voy a tener que hacer alguna aventura”. Entonces pedí a un taxista que me llevara al hotel más barato que existiera cerca, y me llevó a un lugar que era realmente un desastre. Tenía un hambre que me moría pero no quería comer la pastafrola de Ciro porque di mi palabra. Soy así. Me fumé los cigarrillos del cartón de Jockey que llevaba encima y al otro día decidí ir a la embajada. Me inventé una historia para que me ayudaran, pero al final no la usé porque apenas llegué me vio un fut-

bolista argentino que me reconoció y me dijo: “¿Qué hacés acá, David?”. Le conté que tenía que ir a un festival en España para tocar con Los Gatos, “y si no voy vamos a quedar como el culo, nosotros y la Argentina”. Me llevó a hablar con el cónsul, me presenté como Oscar David Lebón, porque en esa época usaba los dos nombres, y me dijo: “Ah, yo también me llamo Oscar, entonces debés ser un buen tipo”. Levantó el tubo, llamó a Aerolíneas y dijo: “Me bajan el primer tipo de primera, que va a ir este señor”. ¡Ni tuve que mostrar el pasaporte!

Llegué a Barajas y estaban esperándome. Ciro, Pappo, Corre y un músico a quien luego le ocupé el lugar en la banda. Nos dio departamento, comida y todo, pero lo echaron y entré yo. Me acuerdo que cuando llegué me sacaron la pastaflora, se la morfaron adelante mío y no me dieron ni un pedazo porque se enteraron de que había viajado en primera clase. Les conté la historia y se cagaban de risa.

La cuestión es que al rato no teníamos departamento ni nada de lo que Pappo me había contado; era todo mentira. Dormíamos en Plaza Mayor y a la mañana venían los que lavaban las calles y te mojaban, con valija y todo. Mendiábamos, limpiábamos baños y lavábamos platos para vivir. Teníamos un panadero que por suerte nos daba leche, o sea que hacíamos caca blanca porque lo único que comíamos era leche y pan. Teníamos 50 pesos argentinos, que era un montón, pero nadie te los cambiaba. ¿Qué hicimos? Nos fuimos al Rastro, que es un mercado de pulgas, y vendimos unos mocasines de corderoy que estaban como nuevos, un casete de John Mayall que estaba buenísimo, y otras dos o tres cosas más. Con eso nos fuimos a comer una tortilla, que te la daban entre dos panes. Me comí dos y estaba que

vomitaba; nos cayó mal porque todos estábamos reflacos y se nos había cerrado el estómago.

A todo esto, fuimos a parar a un barrio que se llama Santa Ana, que era el peor de Madrid, donde todos se picaban y estaban tirados en la calle, un desastre. Por suerte Pappo no paraba de joder, entonces nos reíamos mucho. El único que estaba medio como tirado era Ciro, pero cuando teníamos un show se tocaba todo. En el balcón de enfrente vimos que había dos chicas yanquis muy bonitas, entonces Pappo me dijo: “Colonio, ¿vamos de aventura?”. Las invitamos y salimos a comer al restaurant que había abajo, donde sabíamos que hacían mejillones a la provenzal porque el olor te mataba. En el medio de la cena les contamos que no teníamos un mango y que veníamos a tocar rock. Les hablé en inglés: “We don’t have a penny, we don’t know what to do, we are hungry. We like to dance, we can take you out tonight”. Les contamos la verdad y se recoparon, nos pagaron todo, comimos y fuimos a bailar. La pasamos bomba y ellas se iban al otro día, así que no hubo siquiera onda. Volvimos a la madrugada y le llevamos los restos de la cena a Ciro, para que comiera algo. Nos cuidábamos mucho entre nosotros.

Un día dimos una prueba en un boliche llamado Jota Jota, y los músicos españoles se enteraron de que había venido una banda con un americano, o sea yo. Teníamos un órgano Hammond y dos amplificadores y parlantes Leslie, que no había en España en esa época. ¡La gente iba a vernos por el Hammond! Además, Ciro estaba todo el tiempo con un clavicordio. Sacamos “White Room”, de Cream, temas de Canned Heat, y lo primero de Emerson, Lake & Palmer, que al final tenía un arreglito que Pappo repetía todo el tiempo e hinchaba las pelotas.

Nos contaron que en ese boliche habían tocado George Harrison y un montón de bandas increíbles. Apareció un mánager que nos consiguió shows y teníamos que cargar los dos Leslie y ese ropero inmenso que era el Hammond, porque no había monitores ni plomos ni nada. Metíamos las cosas en una camioneta Volkswagen y no sé cómo entraba todo. Hicimos un montón de recitales por casi toda España, menos la costa y Barcelona, donde solo tocamos en una playa. Al final ganamos buena mosca, pero al principio no teníamos ni un mango y comprábamos unas anfetaminas que se llamaban Bustaid, para no tener hambre. ¡Te tomabas media y estabas una semana sin dormir, llorando y amando a todo el mundo! Una vez el chofer se tomó una y se puso reloco, así que tuve que conducir yo, que nunca había manejado una combi y menos en rutas por la montaña. Años más tarde, con Serú me pasó lo mismo: estaban todos borrachos y tuve que manejar el micro, pero cada vez que doblaba en una esquina me llevaba puesto un auto de atrás.

En esa gira por España estábamos siete días en una ciudad, mientras el mánager se iba al siguiente lugar a vender shows, y cuando tenía todo el contrato cerrado nos llamaba y decía: “Ahora tienen que venir acá”. Estuvimos casi un año así, en plena dictadura de Franco. Ganamos buena guita y hasta tenía la tarjeta de El Corte Inglés para comprarme ropa.

Con Pappo estábamos buscando aventuras todo el tiempo. Hay una historia que puedo contar ahora, solo porque no están vivos los protagonistas. Resulta que vimos en un restaurante a Pedrito Rico con un grupo de gente y Pappo se acercó y le dijo: “¡Te conozco hace mil años, qué grande verte acá! Somos del grupo Los Gatos, ¿te acordás de nosotros?”. No sé si el tipo conocía o no la banda, pero se enamoró de

Corre, que era un rubio muy lindo. Al final Pappo y Corre fueron con Pedrito Rico a su departamento y Pappo lo agarró del cogote y le logró sacar un anillo de oro y los gemelos. Yo por suerte no estaba, pero llegaron con lo sustraído, lo vendimos al otro día y con esa plata comimos dos meses.

Otra vuelta, Pappo quiso ir a Londres a ver tocar a Peter Green. Lo acompañé a la estación de tren y en un momento le sostuve su saco, donde guardaba toda la plata para el viaje. Me di cuenta cuando ya se había subido al tren, así que corrí, se lo tiré y de pedo lo agarró en el aire. Al final no lo dejaron entrar a Inglaterra y se tuvo que volver.

Fue un viaje muy increíble, tremendo y hermoso. Pappo volvió a Buenos Aires para rearmar Pappo's Blues y los que quedamos en España hicimos un trío de órgano, bajo y batería. Tocamos en Barcelona y en Valencia, a la gente le gustó mucho y nos empezó a ir bien, pero yo me quería volver. Primero se fue Corre, que no aguantó más porque su esposa estaba en Buenos Aires. Después se volvió Ciro y finalmente yo, que justo había conocido a una chica, pero le dije que tenía pasaje de vuelta. Me puse la ropa que compré con mi tarjeta y viajé a Buenos Aires con mi remera de fútbol con el número seis, que quería decir "loser".

Llegué a Ezeiza con la valija y el bajo. Me estaban esperando Rinaldo "Rino" Rafanelli, Héctor Starc, la hermana de Rino y una fotógrafa tana que se llamaba Viviana y le decíamos Rossi. ¡Todos en pedo, chupando ginebra! De ahí nos fuimos a zapar, directamente, con la valija y todo. ¡En un momento estábamos tocando un blues y Rino no cambiaba de acorde porque se había quedado dormido tocando en la! Hacía bien el ritmo pero estaba con los ojos cerrados, semidormido. Después fuimos a la casa de Rino y su papá me dijo: "¿No querés

quedarte a vivir con nosotros?”. Un tipo divino el tano, muy alucinante, y la mamá también. El mejor café que tomé en mi vida lo hacía la vieja de Rino, y el mejor bife a la olla también. Nosotros llegábamos siempre a la noche, tipo tres de la mañana, y la vieja nos estaba esperando con el café caliente y la comida hecha. Era genial. Nos quedábamos comiendo y charlando hasta las cinco de la mañana.

Rino fue una de las primeras personas que conocí en Buenos Aires cuando llegué de Estados Unidos. Era un urso de 18 años que me pareció simpático y con el que tuve buena onda. A él le habían hablado del “Yanqui”, o sea yo, y nos vimos por primera vez en un lugar llamado Zeppelin, tomando cerveza y comiendo caracoles con unos amigos de mi hermana, riéndonos y jugando entre todos. A mí me estaban tirando al aire y caí en los brazos de Rino, que me miró y preguntó “¿Vos sos el Yanqui? ¡Vamos a la esquina a tocar temas de Los Beatles!”. Aparecieron dos violas y nos pasamos la noche cantando todo el repertorio de Los Beatles. Rino sabía las voces de todos los temas y era impresionante porque yo no conocía ningún argentino que supiera esas canciones, sobre todo la voz baja de John Lennon, que es muy difícil de hacer. El secreto era que tenía un librito que salía todos los meses que se llamaba *Beatle Book*. No sé cómo hizo su hermana Cristina para suscribirse, pero le llegaba por correo puntualmente. Traía muchas fotos, contaba quién había tocado qué instrumento en cada tema, y había muchas anécdotas. Descubrí por qué me costaba sacar algunos solos de George Harrison, por ejemplo “Y tu pájaro puede cantar” (“And Your Bird Can Sing”), que en realidad tenía tres canales de guitarras. Y que en “The End” tocan los tres la viola, y Lennon es el que tiene la más reventada de todas.

Un día le mostré “Purple Haze”, de Hendrix, pero Rino me decía que Jimi no cantaba bien y que estaba todo desafinado, que era verdad. Pasa que él venía de escuchar a Paul y John, así que le costó mucho entenderlo, pero después le traje *Axis: Bold as Love*, donde aparecía en la tapa como una serpiente con la mano Hare Krishna, y empezó a cazar lo genial que era.

Desde ese primer día decidimos trabajar juntos y armar algunos grupos. Tocamos en fiestas privadas en el Círculo Militar, YPF y todo ese tipo de lugares. Llegamos a tocar y ganar en el programa *La escala musical*, donde quedó segundo el grupo Vox Dei, que todavía se llamaba Mach 4 y cantaba en inglés. ¡El viejo de Rino era tan genial que hasta me compró una guitarra a mí antes de comprarle un bajo a su hijo! Era mecánico, yo hacía de plomero y lo acompañaba a todo tipo de lugares. Quería laburar en algo para mantenerme, pero nunca me gustaron los jefes. Trabajé de carpintero y más tarde hice algo de herrería artística, pero me iba dando cuenta de que lo único que quería era estar con la guitarra. Y era terrible llegar a casa y ver que se me doblaban las manos del cansancio.

En Belgrano había una galería llamada Emuá, en Echeverría y Cabildo, y arriba había una confitería en la que se tocaba. Ahí enganchamos para tocar todos los viernes, y tocábamos temas de Jimi Hendrix que nadie entendía.

En un momento empecé a tocar el bajo con Carlos Bisso, con quien estuve casi dos años. Era un cantante que tenía un estilo de voz tipo Ray Charles o Joe Cocker, y su grupo medio comercial se llamaba Conexión N°5. Siempre usaba guantes porque tocaba mucho la pandereta y estaba lleno de moretones. Una vez fuimos al club Indios de Moreno y

cuando llegamos el público le estaba gritando de todo porque no hacía rock. Nos preguntamos qué hacer y propuse tocar un blues. Le pedí al guitarrista Ricardo Lew que se pasara a mi bajo y agarré su guitarra. ¡Arrancamos y a la gente le encantó! Cuando terminamos, todos decían: “Buena idea, David”, pero en realidad solo me quise dar el gusto de tocar una SG y un Bassman, que era el mismo equipo que usaba Clapton. Subí el volumen, la viola quedaba aco-
plando y para los pibes del público fue una locura porque sonaba como Hendrix.

Estados Unidos

Una de las cosas que me agradó mucho en la vida fue haber tenido la experiencia del viaje a Estados Unidos. Fue como una cuestión de destino, porque quién sabía si ahí me iba a curar del asma que me agarró cuando falleció mi viejo. El primer ataque fuerte fue un día que se cortó la luz y me quedé encerrado en un ascensor. Me desmayé y lo increíble es que me desperté en la casa de una de las vecinas del edificio, que era nada menos que Jolly Land, una ídola mía de *El Club del Clan*. ¡Una señal más de que mi destino era la música!

Empecé a tener problemas respiratorios, una especie de asma fuertísimo, y el médico le dijo a mi madre que me tenía que llevar al campo o a un lugar cálido y tropical. Ella no se decidía, porque suponía que en el campo me embolaría y ella no tendría dónde trabajar. Tuvo que repensar todo. Y Miami resultó ser el mejor lugar, porque le habían ofrecido enseñar paracaidismo allá.

Apenas llegué, automáticamente me sentí bien. Seguro que mi asma fue algo psicológico.

Viajamos en el Santa Maru, un barco japonés de carga con veinte pasajeros. Llegamos a Panamá, donde tuvimos que tomar un avión hasta Miami. Yo tenía nueve años. En la foto de mi despedida aparezco con unos pantalones blancos largos y un pulóver azul, refacha, demasiado arreglado para ir a un barco que estaba hecho mierda.

El viaje fue maravilloso para mí, porque había una nena de más o menos mi edad, y estábamos todo el día jugando, agarrados de la manito. También había una artista, una pintora, y le gustaba mi vieja. ¡La corría por todo el barco! Dormíamos en la misma habitación: la señora por un lado y mi mamá y yo en una camita aparte. De noche se ponían en pedo las dos: yo me hacía el dormido.

Llegamos a Miami y empezamos a vivir una vida realmente muy linda. Estábamos en South Beach, que no era como ahora. Todo era más provinciano y americano, con los jubilados que viajaban hasta allá para disfrutar del calor y se vestían con shorts a cuadritos y remera de toalla para ir a la playa. Estaba todo el mundo sentado afuera, en la vereda, charlando.

Vivíamos en un lugar que quedaba lejos, a dos cuadras de las casas de mis amigos y donde estaba toda la mano hippie. Era un lugar muy loco y con mis vecinos íbamos con las tablas a hacer surf. También fue la época en que fui monaguillo: eso duró unos cuatro años.

Cuando llegué a Estados Unidos entré a sexto grado y luego pasé al Junior High School, donde estaba toda la onda de los pendejos de mi edad. “¿Que hacemos esta noche, a dónde vamos?”, decíamos siempre. Tenía dos compañeros de colegio con los que repartíamos diarios a las cuatro y media de la mañana, con la bicicleta, como en las películas. Cada uno tenía su recorrido. Con eso me ganaba unos manguitos y

además me ahorraaba plata de la guita para la comida de la escuela que me daba mi vieja. Almorzaba una donut y una Coca por 45 centavos y me sobraba para salir los viernes, cuando íbamos en taxi a The World, que quedaba en North Miami y era el único lugar que había para ver bandas. Siempre me acompañaba Jeff, un amigo mío muy copado, y le dábamos al fasito. Era un lugar grande, como el Luna Park, pero con la gente en el medio y cuatro o cinco escenarios donde estaban las gradas, así que terminaba una banda y arrancaba otra. De pronto mirabas y estaban James Brown o los Beach Boys. Aparecían grupos que no podías creer.

Estábamos en Estados Unidos cuando empezó el boom de los Beatles, y conocí cómo era estar *beatlizado* y gritar, “We love you, Beatles, oh yes, we do!”. Mi madre me regaló *Rubber Soul*. Me dijo: “Te traje el mejor disco”, y realmente era una barbaridad, algo tremendo. Nos quedamos toda la tarde al volver de la escuela escuchándolo juntos, y después me lo ponía todas las mañanas. También me llevó a verlos en vivo al Shea Stadium de Nueva York, y cuando los vi entrar pasó algo que no sentí nunca en mi vida; me asusté, porque hasta los tipos gritaban como locos. ¡Algunas personas se desmayaban, entraron ambulancias y policías! A la mitad del show me quise ir porque me agarró claustrofobia.

Los Beatles me enseñaron a hacer canciones de todo tipo. Compusieron desde “Michelle” a “La felicidad es un revólver caliente”, desde “Ob-la-di ob-la-da” hasta “Helter Skelter”. ¡Hicieron de todo! Aprendí eso y hago temas que son baladas que a la gente le encantan, y después están los rock como “Suéltate rock’n’roll”. Hasta le digo “rock” a “Noche de perros”, como a otros temas que son pesados y tienen una carga de amor o de tristeza de amor, pero siempre de amor.

Cuando arrancó toda la movida del rock en los años sesenta yo no lo podía creer. “¡Ya está, se terminó Vietnam y se terminaron todos los quilombos, vino la felicidad al mundo!”, decía. En el colegio se empezaron a armar grupitos de rock.

Los viernes a la mañana, aunque tenía que ir a la escuela, mi mamá me dejaba quedarme en casa porque en la tele había unos dibujitos que sabía que me encantaban. No me interesaba nada el colegio y por eso dejé. Quería tocar y no me importaba nada más. Mi vieja me decía: “Esta bien, ¿pero vas a ser famoso?”. Yo le decía que sí.

Lo que más escuchaba eran Beatles y Led Zeppelin. Recién dejé a los Beatles cuando apareció Jimi Hendrix con “Purple Haze”. Después enloquecí con *A Salty Dog*, de Procol Harum, que para mí fue como lo pre Álbum Blanco de los Beatles.

Todo lo que tiene que ver con la música también tiene mucho que ver con mi búsqueda del amor. Amaba muchísimo a mi mamá y entendía ese amor, lo que le pasó, por qué me llevó allá, cómo me trataba y cómo quería criarme, aunque le costó. La respetaba a todo nivel porque era una diosa en todo sentido. Hoy puedo decir que todo parece haber estado escrito, desde lo que pasé en Miami hasta haber vuelto a Argentina. Todo fue por algo, por alguna razón.

Otra canción que me volvió loco fue “Born to Be Wild”, de Steppenwolf. Había otra banda que me encantaba, The Lovin’ Spoonful, donde John Sebastian tocaba una especie de arpa y era mortal. Había un montón de bandas que realmente te inspiraban y decías: “¡Esto es increíble, quiero hacer esto, quiero ser músico!”. Otro que me encantaba se llamaba Tiny Tim, que tocaba el banjo y tenía una risa muy contagiosa.

También estaba Vanilla Fudge, e inclusive conocí a un par de ellos ya de grandecito. La primera vez que fui a verlos fue en The World, cuando estaba en la secundaria. Todavía no eran tan famosos como cuando salió “You Keep Me Hangin’ On”, que era un tema de las Supremes. Me acerqué, les dije que tocaba y que los amaba. Los tipos rebuena onda, Carmine Appice comiquísimo y hasta metí una zapada con él.

Un grupo alucinante que había en Miami se llamaba The Seven of Us, aunque en realidad eran seis. Hacían covers de Procol Harum y cosas muy locas. Me acuerdo que salió “Penny Lane” y al otro día la tocaron en un show, haciendo la trompeta con el Hammond. ¡Al organista después lo tenían que ir a buscar los de seguridad porque siempre estaba fumado! La única droga que había era marihuana. Recién después de Woodstock aparecieron el ácido y todo lo demás.

Nunca me metí con el folk, salvo por Crosby, Stills, Nash & Young, como una cosa acústica. A Jeff Beck lo escuché cuando viví con Rino, al volver de Estados Unidos, y a medida que fue pasando el tiempo el tipo fue cambiando y haciendo cosas cada vez más increíbles. Yo le decía “Pedro Picapiedra” por la forma en que se vestía, siempre con corbata y una camisa blanca sin mangas. Hay una versión suya de “Over The Rainbow” que es una locura. Tiene un disco con Jan Hammer que se llama *Like Children*, que es buenísimo. Y “People Get Ready” con Rod Stewart es lo más, un góspel alucinante.

En Estados Unidos me compré mi primera guitarra. Era marca Kent y estaba increíble porque venía con un estuche cuadrado, como el de un bajo. La enchufabas en cualquier lado y sonaba bastante fuerte. Uno podía parar el estuche, abrirlo y ahí tenía un parlante con volumen, que acoplaba si lo ponías al máximo porque estaba al lado de las cuerdas.

Con esa guitarra empecé a sacar temas de los Beatles, con el tocadiscos dando vueltas más lento, en 16 r. p. m. Sacaba los solos de Harrison o cualquiera de los Beatles. Después llevaba la viola a las fiestas y empezaba a tocar rock, solo y al mango. Vendí la Kent cuando estábamos por hacer una visita a la Argentina. O sea que llegué sin instrumento y durante mucho tiempo me tuvieron que prestar, porque si bien mi vieja me dejó unos mangos, se acabaron pronto.

A mi vieja le gustaba tanto Miami que se volvió para quedarse a vivir cuando yo preferí asentarme en la Argentina. Allá, a la gente como mi vieja, que peleó en la guerra, le traían comida todos los viernes. Seis veces se quiso casar de nuevo, para que tuviera un papá, y yo le decía: “No, mamá, ya está”. Esos tipos me trataban remal, porque no era el hijo. Después empezó a tener problemas de memoria y no tenía compañero.